

es heredero. Aún más: la valoración histórica —tal y como Laín la lleva a cabo— favorece el nítido deslinde entre lo que es idea que explica de lo que es hecho explicado por la idea. Y, finalmente, la faena lainiana nos desvela la carga de energía renovadora yacente en determinadas y viejas concepciones médicas.

Pero ¿cuál puede ser la síntesis de todo esto? Simplemente, lo que yo deseo denominar *la apertura de la realidad clínica*, en tantas ocasiones angosta, a pesar de los progresos técnicos, por la pobreza de perspectiva histórica. Por eso digo y sostengo que el trabajo historiográfico de Laín constituye una aportación positiva —una aportación *de hecho*— al enriquecimiento de la Medicina clínica. Hay cosas que pueden nacer, y en verdad nacen, de la probeta, del microscopio, o de la placa radiográfica, pero también hay cosas —empleo el término cosas en su acepción más concreta— que pueden nacer, y nacen, de la mente. De lo que se piensa. De la reflexión renovadora y potenciadora. Laín ha enriquecido el paisaje médico y, gracias a su esfuerzo, lo vemos desde una perspectiva distinta a la tradicional. En el fondo, se trata de *otra* realidad que sin dejar de ser la misma se nos ofrece en horizontes más dilatados y más fecundos. *Laín, estimo yo, ha aumentado la cantidad de realidad de la Clínica*. Y esto ya no es una empresa de catalogación y recuento minucioso. Esto es un descubrimiento. Yo como tal lo tengo.

## Medicina y Antropología

Hasta aquí lo que podemos considerar como contribución de Laín a la historia de la Medicina en sentido estricto. Pero el camino de nuestro autor no remata en este punto. Poco a poco, y por pura necesidad interna, esto es, por la necesidad que emana de los supuestos mismos dentro de los cuales se inserta el movimiento especulativo del historiador, algo le mostraba su propio edificio como inacabado. O mejor aún: como necesitado de más amplio fundamento. Así nació la idea de crear una Antropología médica. Una Antropología médica para clínicos en la que se pusiera de relieve la unidad sistemática de lo que es morfología, de lo que es fisiología, de lo que es psicológico y de lo que es sociológico. Pues bien, todo esto, a su vez, se enmarca —«como figura global y unitaria», según las palabras del propio Laín— en lo que llamamos biografía.

Mas por otra parte, para que de verdad exista biografía, esto es, realización personal de la existencia, es menester que eso que conocemos como cuerpo —con todas sus complejidades y todos sus arcanos— sea, a su vez, unitario. Nada de lo material por un lado y lo psíquico por otro. Nada, tampoco, de suma, sino, más allá de ambas posibilidades, una indiscernible estructura última. Es lo que Laín llama «la total realidad del hombre». Pues, y en esto sigue a Zubiri, todo lo orgánico es humanamente psíquico y todo lo psíquico es humanamente orgánico. Estamos, pues, ante el «psicoorganismo». Que es por ende, una realidad estructural única, realizada de continuo a favor de una dinamicidad que sólo la muerte remata. Dicho de otra manera: hay cuerpo y hay intimidad. O, siguiendo a Ortega, «cuerpo desde fuera», y sentimiento del propio cuerpo, «intracuerpo». A partir de estas consideraciones, va Laín modulando, con tino y rigor simultáneos, los modos del cumplimiento vital y del cumplimiento biográfico de la criatura humana. Que, por supuesto, se sitúan fuera de los límites de cualquier enfoque exclusivamente positivo. ¿No nos advirtió Szent-Györgyi que cuando estudiamos

la vida, vamos zambulléndonos desde niveles altos a otros cada vez más inferiores hasta que, en un punto, la vida se desvanece y nos quedamos con las manos vacías? Las moléculas y los electrones —advertía el ilustre investigador— «have no life».

Como vemos, siquiera sea sucintamente, la ideación y la sistematización lainianas van de par. Abundan los distingos, las clasificaciones. Con todo, bien sabe nuestro autor que ahí no concluye nunca ningún saber básico, ningún saber esencial. Porque más allá siempre surge una «terra incognita», una radical ultimidad a la que probablemente —o sin probabilidad alguna— nunca accederemos. Hay en el hombre «un “quid” supraestructural» —palabras del texto lainiano— cuya admisión depende de la perspectiva metafísica, o religiosa, que ante él adoptemos. Es lo que Ernst Jünger califica de «tercer principio», allende las fronteras de la cultura y de la Naturaleza.

Así, sin apenas apercibirnos, vamos cayendo en la cuenta del camino recorrido por Laín. Un camino de perfección: de la historia de la Medicina a la Antropología médica y, desde ésta, a una concepción totalizadora de la criatura humana, sana o enferma. De la Antropología médica a la Antropología general. Ahora prepara un nuevo libro, al parecer sobre la historia y la teoría del cuerpo humano. Esperemos que en él se eluciden todavía muchos de los problemas que nuestra consistencia orgánica engendra. Con todo, una cosa es clara, a saber, que desde lo hasta hoy alcanzado, el esfuerzo lainiano se ensambla en algo más que el ensayismo médico o, en definitiva, el ensayismo en general. El mismo definió este género literario, lo que Bacon denominaba «meditaciones dispersas», como «sugestiva teoría de urgencia». Nada, o casi nada, tiene urgencia en la producción de Laín. Todo es reposado, riguroso y minucioso. En última instancia, exigente. Si Ortega, a su vez, caracterizó al ensayo como «la teoría, menos la prueba explícita», nada más lejos de la actividad intelectual lainiana que el divagar sin más. Sus aportaciones a la Historia de la Medicina, su Antropología médica, y sus obras de Antropología estricta, v.g. *Teoría y realidad del otro*, *Antropología de la esperanza*, *Sobre la amistad*, etc., son densas producciones con muy abundante y, a la vez, ceñida prueba explícita.

Todo esto concede al Corpus doctrinal médico de Laín una evidente trascendencia. Y no del todo reconocida, al menos, en sus últimos alcances. Cuando apareció su *Antropología médica*, yo la saludé como algo absolutamente nuevo y original. Entonces escribí: «Que yo conozca, hasta el momento actual no hay un solo libro con tales dimensiones intelectuales en la producción bibliográfica mundial». Los antecedentes —Siebeck, Erwin Strauss, Medard Boss, von Gebattel, o V. von Weizsäcker— son ilustres, pero son eso, antecedentes. Porque una cosa me interesa subrayar. Esta: los últimos libros de Laín, tan fecundos, no son centones de los que pueda extraerse alguna suscitación más o menos sugestiva, o la mina para arrancar de ella citas eruditas y oportunas. Son algo distinto. Son aportaciones iluminadoras y fecundantes del horizonte mental en el que se mueven la indagación y la ideación médica de nuestro tiempo. Son avances, conquistas. Algo tan bien perfilado como pueda serlo un hallazgo concreto de laboratorio o del ejercicio clínico. Mas para entenderlos así cumple, antes que nada, abrir los ojos al paisaje del esfuerzo cultural de nuestro tiempo. En el que la faena médica está, por descontado, inmersa. Una cazata corpuscular de los físicos modernos se inscribe en el mismo campo de fuerzas espirituales que un avance en el análisis existencial de

la criatura humana. Pues en el fondo todo es uno y lo mismo. Ya que todo surge de idéntico manantial: el del «quid» supraestructural del hombre. De su misterio y de su inefabilidad.

Para terminar: por su labor, por sus conquistas intelectuales, la figura de Laín Entralgo pasará, a su vez, a la Historia de la Medicina. ¿Como relator de la misma? Sin duda. Y también como descubridor de nuevas, de inéditas y originales realidades.

Por eso yo titulé mi pequeña aportación a este homenaje, «Laín y la Medicina». Toda la Medicina. La que se describe y la que se hace. La de antes y la de hoy. En buena medida, también la de mañana. No se trata sólo de Historia, aunque la Historia haga punto de presencia abultada en la noble obra lainiana. Se trata de Historia y más-que-Historia. Se trata, en definitiva, de avance, de progreso, de ir hacia el futuro. Se trata de creación, de auténtica creación. Y ésta sólo se consigue si se atina, como le ocurre a Laín, con la luz que nos revela algún escondido filón jamás antes visto.

**Domingo García-Sabell**

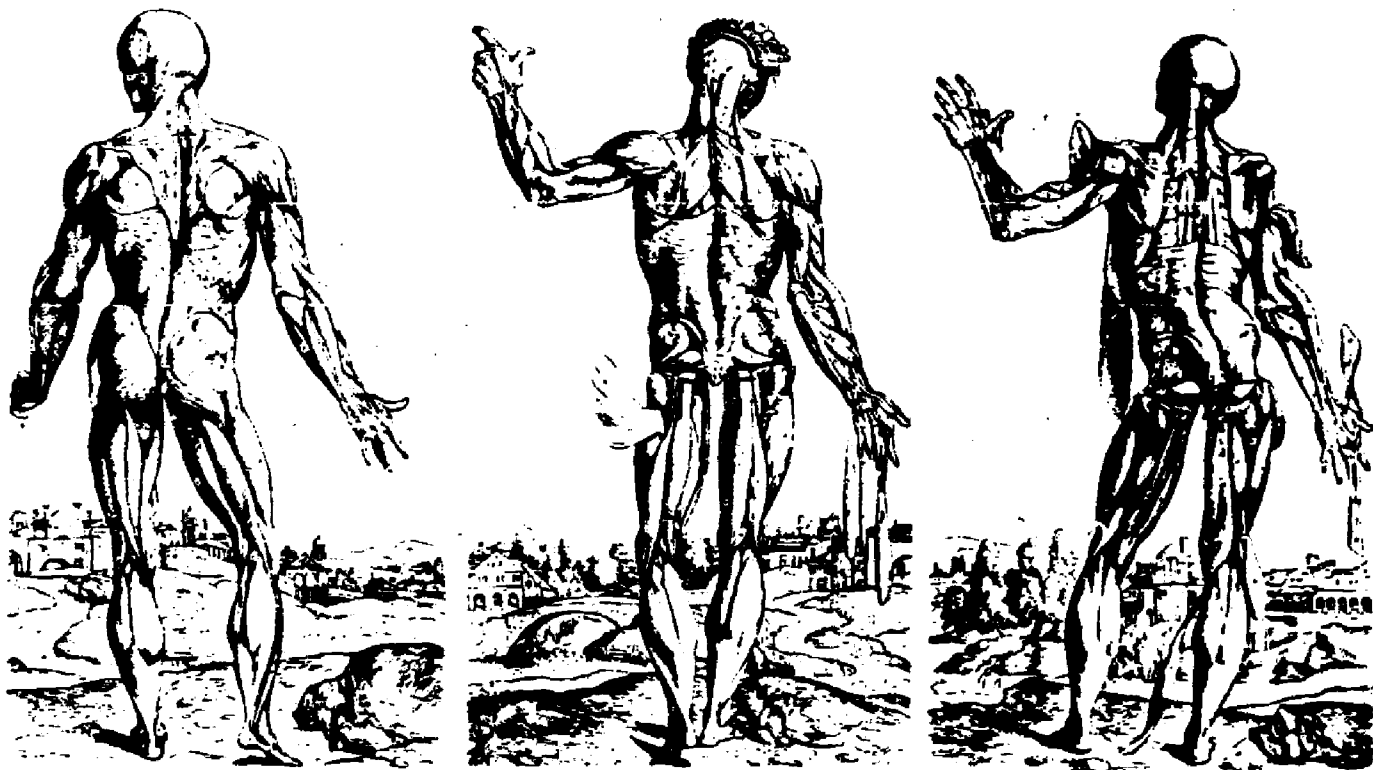


Fig. 1

Fig. 2

Fig. 3

Andrea Vesalio: *De humani corpori fabrica* (Basilea, 1543)